

Las dificultades de la gobernanza global

Conferencia dictada el 21 de junio de 2011

FERNANDO VALLESPÍN

No tengo las ideas claras y eso es lo peor que puede decir un conferencista antes de empezar una conferencia, pero el objeto de ésta es lo suficientemente esquivo como para tener que comenzar reconociendo las perplejidades. Lo que voy a hacer aquí es simplemente dar cuenta de cómo está afectando a la recomposición del poder político la primera gran crisis de la economía globalizada, y después me gustaría especular, y espero que sea más que una mera especulación, sobre cuáles son algunas de las posibles consecuencias políticas de esta crisis.

Realmente, el núcleo central de mi intervención tiene que ver con las relaciones entre política y economía, tanto en el espacio del mundo global, o de esta nueva sociedad global donde vivimos, como dentro de los propios Estados, y muy en particular en las formas a través de las cuales se está reorganizando el Estado a consecuencia de la crisis económica, aunque desde ya les advierto que voy a ofrecer una visión bastante eurocéntrica. Estoy pensando desde Europa, y aprovecho para decir que si lo hago tan claramente desde allí es porque pienso que Europa está sufriendo en estos momentos un problema de autoidentidad, no solamente como unión supranacional, sino también como esa

parcela donde nació lo que llamamos Occidente, y que ahora tiene grandes dificultades para encontrar una identidad propia. Que quede claro, porque quizá mi visión va a ser pesimista, y ese pesimismo es lo que se corresponde con la perspectiva que ahora tenemos del mundo desde ese continente llamado Europa. Ustedes no tienen razones para ser pesimistas, pero los europeos sí tenemos muchas razones para serlo.

¿Qué es eso de la crisis económica? ¿Cómo se produjo y por qué es tan relevante? Creo que la crisis económica, como ustedes saben, tiene su punto álgido con la caída de Lehman Brothers, y ésta casi equivale para la economía internacional a lo que en su momento significó para el orden público la caída de las Torres Gemelas en el 2001. En agosto de 2008, Lehman Brothers empezó a provocar una sucesión de sacudidas en el sistema financiero internacional que después tendrían repercusiones en el sistema económico propiamente dicho, las que solo se consiguió amainar como consecuencia de la intervención del Estado.

Me parece que este es el primer punto que tenemos que destacar. Si salimos de la crisis económica fue primero porque se inyectó dinero público, dinero de los contribuyentes en el sector financiero, por un valor, solamente en Europa, de 10 billones de euros, es decir, 10 millones de millones de euros, que equivale aproximadamente al 25% del PIB europeo. También se adoptaron decisiones de política económica que consistieron en la disminución drástica de los tipos de interés para volver a reestructurar la economía, y sobre todo se pusieron en marcha nuevos estímulos fiscales. Tres políticas clásicas para enfrentarse a una crisis.

Pero lo que realmente permitió aliviar la crisis económica, y no lo perdamos de vista, fue la superación de la crisis de con-

fianza. Las entidades financieras no se atrevían a prestarse dinero unas a otras, porque no se sabía hasta qué punto estaban corrompidas. Lo que realmente dotó de confianza al sistema fue que de repente el mundo financiero se dio cuenta de que los Estados estaban detrás. Es decir, se recupera la confianza, y esto es lo maravilloso, gracias a lo político. Por tanto, la enseñanza fundamental que nos queda de la crisis es el reconocimiento de que sin la intervención política, no hubiera existido un adecuado funcionamiento del sistema económico internacional, un sistema económico internacional que rehuía las regulaciones políticas, y que sobrevive precisamente gracias al intervencionismo político. Con esto se refutó una vez más la tesis según la cual los mercados se autorregulan. Que no requieren de intervenciones públicas sustanciales. Esto es lo que en cierto modo ha generado, y sigue generando, enormes dosis de frustración por parte de la mayoría de los ciudadanos que contribuyeron al rescate del sistema financiero, ya que la política que posibilitó la solución del problema, de repente ha acabado y ha quedado sometida nuevamente a los imperativos sistémicos del mundo de la economía internacional. Nos encontramos, entonces, ante la paradoja de que aquello que consigue resolver los problemas del sistema económico, se ve después atacado por el mismo mal que ha contribuido a resolver.

La intervención pública en la mayoría de los Estados nacionales, sobre todo en los europeos, consistió en una especie de mecanismo de retorno automático al Estado, a un Estado mucho más responsabilizado sobre su sociedad de lo que venía estándolo durante los últimos años, lo que en algunos casos generó tics proteccionistas. En Alemania, cuando parecía que la General Motors no iba a sobrevivir, lo único que importaba

era que no cerraran *allí* las plantas de la Opel, y no les importaba nada que cerraran las plantas de la Opel –que es la General Motors europea– en España o en otros lugares del continente.

De modo que la primera reacción es que los Estados hacen prevalecer sus intereses y no los de la Unión dentro de ese sistema que llamamos Unión Europea. Se procede, entonces, al rescate de grandes empresas a través de ayudas, sobre todo las empresas automovilísticas, que son las que sostienen gran parte de las exportaciones.

¿Cuál es el resultado de la serie de intervenciones a las que estoy aludiendo? El resultado es un aumento increíble del endeudamiento del Estado, un aumento del déficit. Por supuesto, el Estado no tiene más remedio que emitir deuda pública para satisfacer los requerimientos, esas necesidades sociales urgentes, pero a partir de ese momento, cuando el Estado comienza a aplicar lo que siempre ha resultado ser lo más eficaz en este tipo de crisis, que son las políticas keynesianas, donde el Estado tira de la propia demanda interna a través del gasto público, nos encontramos con que de repente se comienza a entrar en una espiral diabólica. Cada aumento de deuda significa también un aumento correspondiente de los tipos de interés y, por lo tanto, ese aumento en los tipos de interés responde a una desconfianza de los mercados. Aquí es donde opera la naturaleza de escorpión de los mercados, esa famosa fábula donde la rana transporta al escorpión de una orilla a otra, y donde el escorpión no puede evitar su propia naturaleza y mata a la rana, pereciendo él al mismo tiempo.

Repito la ecuación. Los Estados se endeudan para salvaguardar al sistema financiero, pero también para salvaguardar sectores sociales afectados por la crisis generada por el sistema

financiero. A partir del momento en que se empiezan a endeudar los Estados y una vez que ya se han hecho las reformas pertinentes, esos mismos a los que se les ha salvado la vida atacan a los Estados, precisamente, a través del aumento del tipo de interés sobre la deuda.

Cuando sale a la luz el caso de Grecia, allí inmediatamente los mercados se dan cuenta de que es una situación muy parecida a la que se encuentra en Irlanda, en Portugal, y que eventualmente le puede ocurrir a España, y si le ocurre a España nadie salva a Italia y Bélgica, tras lo cual el euro desaparece. La Unión Europea no podría realmente soportar encontrarse en esta situación. La única solución es someterse de nuevo a los imperativos sistémicos del sistema financiero internacional, es decir, disminuir drásticamente el gasto público.

Un presidente de gobierno llamado José Luis Rodríguez Zapatero –por poner un ejemplo más cercano para mí–, que un mes antes estaba restándole todo dramatismo a la crisis económica, entre otras cosas para calmar a los mercados, se encuentra con que en una reunión de los ministros de economía y hacienda de la Unión Europea se advierte a España y a otros países con amplia deuda que o adoptan medidas drásticas, porque está en juego la divisa de todos, o salen de este club de los países del euro, la Unión Monetaria Europea. Al cabo de dos días Zapatero se presenta ante el parlamento y anuncia unas medidas de ajuste durísimas, que creo son las medidas de ajuste más duras que hemos sufrido desde la época en que estamos integrados a Europa.

De esta forma, para países desiguales en su estructura económica, al estar integrados dentro de lo que se denomina una unión monetaria, es decir, donde se comparten políticas mo-

netarias, no hay solución recurriendo al mecanismo tradicional que es la devaluación de la propia moneda, el modo cómo los españoles siempre habíamos logrado salir de las diferentes crisis económicas. Una vez dentro de ese sistema, para España por ejemplo, la prima de riesgo de su deuda era en sus orígenes idéntica a la prima de riesgo que tenía Alemania, con lo cual España podía conseguir dinero prestado exactamente al mismo tipo de interés que los alemanes. Es como si ustedes consiguieran que les dieran créditos al mismo tipo de interés que a un amigo rico, cuando ustedes realmente no son ricos. ¿Y qué pasó? Bueno, todos los países de la Unión Europea se aprovecharon de esa situación y se fueron endeudando los diferentes actores del sistema internacional, y eso de repente entró en crisis, que es donde estamos actualmente.

A partir de ese momento, comenzó un debate respecto a quiénes se debe realmente financiar al interior de los Estados y entre los Estados. Esto es mucho más relevante de lo que parece, porque es una vuelta a la vieja fuente del conflicto en torno al problema de la distribución de los recursos. Si recuerdan, es el título de un libro clásico de la ciencia política, de Lasswell, *¿Quién obtiene qué, cómo y cuándo?*, es decir, quién se queda con qué parte del pastel que llamamos PIB nacional.

Desde el momento en que el Estado utiliza recursos públicos para ayudar, por ejemplo, al sector automovilístico, pero no al sector turístico, lógicamente las personas que viven del sector turístico dicen: “Bueno, ¿y por qué a mí no?”. Igual con el sector vinícola, o con cualquier otro sector. Así, luego nos encontramos con que se agudiza de manera increíble un conflicto, dentro de todos los países, no solo en torno a los sectores

económicos, sino en torno a las propias regiones. ¿Por qué se ayuda más a una región que a otra?

Seguramente, se dirá que hay regiones que arrastran económicamente a las demás, pero enseguida se vuelve otra vez al paradigma moderno del conflicto social, que es el que gira en torno a la distribución de los recursos, y así abandonamos de momento el paradigma del reconocimiento de los conflictos derivados de problemas identitarios, choques entre identidades que en este mundo posmoderno venían predominando. Sobre todo, lo que sale a la luz es que vivimos en un mundo cuyo rasgo más característico es el de hallarse ante la paradoja de la nacionalización de las pérdidas (nos hacemos cargo todos nosotros de las pérdidas) y la privatización de las ganancias, y que al cabo de muy poco tiempo después de haberse recuperado el sistema financiero, nos encontramos con que muchos de los actores que provocaron la deuda financiera, como pueden ser Goldman Sachs, JP Morgan, Deutsche Bank, que fueron saneados con dinero de los contribuyentes, siguen haciendo negocio a costa de los países más débiles. Goldman Sachs fue quien asesoró al gobierno griego respecto de lo que tenía que hacer para ocultar su deuda real, y fue el que asesoró al gobierno irlandés sobre garantizar los depósitos bancarios. Esto se nos ha olvidado, pero ocurrió. Se estaba tambaleando absolutamente todo el sistema y, repito mi tesis, se consiguió mantener gracias al intervencionismo político.

¿Cuál es la diferencia entre esta última crisis con respecto a las que hubo en los años 70, y sobre todo a la crisis del 29? Bueno, hay muchos elementos diferenciadores, pero con la crisis que deriva del 29 y con las de los 70 hubo dos cosas que parece que no se están dando hoy.

La crisis del 29 acabó provocando las políticas del *new deal* y las políticas de la socialdemocracia, es decir, la crisis generó a Keynes e hizo reconocer la existencia de una forma de acción política que tenía una teoría para resolver los problemas estructurales del sistema económico en ese momento. También había liderazgo. El sistema de la socialdemocracia de la posguerra en Europa fue instituido en gran medida gracias a Adenauer, curiosamente demócrata-cristiano, pero también gracias a Willy Brandt: líderes de la socialdemocracia conjuntamente con esa centroderecha de democristianos que acabaron conformando lo que Dahrendorf llamaba el consenso social democrático. En Estados Unidos, estaba el liderazgo del propio Roosevelt. Allí había dos elementos que son precisamente los que faltan aquí: una teoría que nos explique cómo salir de la situación, y líderes. Obama prometía convertirse en un líder para estos efectos, pero lamentablemente no lo ha sido.

Nos encontramos entonces frente a una situación donde la izquierda carece absolutamente de soluciones. Al menos la derecha, o la centroderecha, lo que quiere es resolver los problemas de hoy con las recetas del pasado. No aspira a un cambio de *statu quo*; quiere mantenerlo, aunque éste se ha quebrado. A mí me parece que no tomamos conciencia de que las circunstancias exigen repensar las causas y el orden en que estamos introducidos como consecuencia de este problema.

Creo que en el balance que se generó entre lo económico y lo político se está produciendo algo, y esto lo formulo exclusivamente como una tesis que voy a tratar de demostrar a continuación, y es que la crisis ha conseguido robustecer al Estado. Ahora hay más Estado del que había antes de la crisis, aunque

paradójicamente ha disminuido a la vez la autonomía de la política. Parece una paradoja, pero realmente no lo es, y voy a tratar de ver por qué o en qué consiste esta tesis.

Claramente hay un retorno del Estado en dos esferas donde siempre ha operado. Una es la esfera internacional y la otra es la estructura de organización interna. El mecanismo a través del cual se lograba la cooperación en el mundo previo a la crisis era fundamentalmente a través de políticas donde primaba una idea de lo transnacional, aunque el Estado continuaba siendo, y siempre lo ha sido, el principal actor en el mundo global. El Estado tendía a ir delegando gran parte de sus funciones en organismos internacionales y, sobre todo, se ponía en marcha eso que podemos llamar técnicamente el *sovereignty pooling*, que es algo así como la puesta en común de pedazos de soberanía, y que tiene mucho que ver con la interdependencia y con la incapacidad del Estado para resolver muchos de los problemas que tiene en su interior.

En consecuencia, algo sobre lo que se tiene una plena soberanía, por ejemplo la moneda, la ponemos en común –los Estados de la Unión Monetaria Europea– para defendernos mejor frente a las crisis monetarias. Es decir, renunciamos a la emisión de moneda, a tener una política monetaria propia, pero a cambio nos vemos reforzados porque conseguimos generar unas sinergias que nos protegen. Otro caso es la OTAN en lo que se refiere a la defensa, ya que delegamos la defensa en ese organismo. Ese pedazo de soberanía lo ponemos en común, y a partir de allí construimos un sistema de cooperación que hace que ese poder que hemos perdido como Estados aislados, lo recuperemos a través de la cooperación entre Estados. Tal es el modelo de la Unión Europea y el de muchos de los mecanismos de avance

que se han producido en el escenario internacional como consecuencia de la globalización.

Ahora parece que volvemos nuevamente al esquema que pierde de vista el elemento de la transnacional, de lo que va más allá del Estado nacional, y volvemos a lo internacional, inter-naciones, inter-estados. Volvemos más al paradigma de la geopolítica clásica, pero aquí el gran peligro que se atisba en el horizonte son los así llamados Estados emergentes, los denominados BRIC.

Me refiero a Estados que refuerzan el rol de esta institución en el escenario internacional, pero que son prácticamente continentes: Rusia, un continente; China, un continente; India, un continente; Brasil, casi un continente... pero son Estados. Entonces, la lógica de lo estatal en manos de estos actores que son, además, actores de primera índole internacional, lo que realmente está provocando es una renuncia a actuar mediante mecanismos más allá del Estado, con excepción del G-20, que es el nuevo organismo de integración, de la cooperación entre Estados, y que está supliendo, en lo que se refiere a las decisiones fundamentales, a la Organización de Naciones Unidas, que es donde sí están representados todos los Estados en régimen de igualdad. El G-20 responde a la necesidad de crear cortafuegos frente al desastre producido como consecuencia de la crisis. Sarkozy dijo que era el gobierno planetario para el siglo XXI, donde están los Estados más poderosos económica, política y demográficamente. El G-20, a partir de esa concepción, es el que adopta las decisiones fundamentales y tiene encomendada la función de coordinación política, económica y social de la sociedad global. Hay algo que se debe recordar y que tiene mucho que ver con los problemas de fondo, y es que

el G-20, como lugar donde se tantean las posibilidades de cooperación internacional o de una ulterior cooperación internacional, tuvo en algunas de sus últimas reuniones –no recuerdo si fue la de Londres o la de Pittsburgh– una contestación de veras sorprendente a una propuesta que curiosamente era europea y también de Obama –y digo de Obama, no de Estados Unidos–, que era la propuesta de introducir finalmente la tasa Tobin para quitar los movimientos especulativos de los mercados de divisas en el sistema financiero.

La respuesta por parte del Brasil de Lula, por parte de China, por parte de la India, por parte de otros actores como pueden ser Canadá o Australia, fue no. Cuando todos pensábamos que era un mecanismo de regulación mínimo, prácticamente imprescindible para evitar la especulación, que era lo que debilita la potencialidad del sistema, ¿por qué la respuesta fue no? Pues por una razón muy sencilla: porque esto significaba cambiar las reglas con las que se estaba jugando, reglas que habían permitido que estos países fueran tan tremendamente competitivos en la economía internacional. Lo que dijeron fue un poco lo siguiente: “Bueno, ahora vamos ganando el partido 4-0, ¿y nos quieren cambiar las reglas? No. Nosotros nos hemos ajustado para ser competitivos con estas reglas que, por cierto, las impusieron ustedes”. Habría que recordar ahora el consenso de Washington: “Hemos sido alumnos destacados de su propia doctrina, y ahora porque a ustedes les va mal y a nosotros nos va bien, ¿nos quieren cambiar las reglas? No señor”. Y eso está allí, encima de la mesa. Casi cualquiera de estos grandes Estados tiene derecho de veto sobre una reforma a fondo del sistema financiero internacional. Entonces, digamos que estamos ante un “gobierno” de la globalización entre Estados, donde,

más que nunca, los más importantes son también aquellos a quienes se les reconoce explícitamente la capacidad de introducir mecanismos de veto, algo que no existía en las Naciones Unidas, exceptuando las decisiones del Consejo de Seguridad que sobre todo afectaban, valga la redundancia, a temas de seguridad. Ahora lo que se regula en el G-20 son los fundamentos de este sistema.

El peligro es que las consideraciones de interés nacional de todos estos Estados puedan hacer prevalecer los intereses geoestratégicos de los mismos, por encima de los intereses generales del mundo global y, por tanto, más que imponerse una sensata gestión de las nuevas interdependencias que provoca la sociedad global, nos podemos encontrar con que aquellas reglas que se acaban imponiendo son aquellas que se corresponden con sus propios intereses en tanto que Estados, equivalentes casi a continentes, y no con los intereses de la comunidad internacional como un todo. El problema al que nos enfrentamos es que la globalización ha acabado, yo no diría con el poder de los Estados, pero sí con el poder de los grandes Estados, y esto está creando nuevas asimetrías.

Acá hago un paréntesis. Esto me parece un acto de realismo. Si ha habido decisiones contra-intuitivas, la más contra-intuitiva que pudo existir era la igualdad de los Estados soberanos. Eso de que Estados Unidos sea, a efectos del derecho internacional, igual a las Islas Fiji o a Guinea Ecuatorial, es un disparate, pero fue así en el sistema de las relaciones internacionales, en el tema del derecho internacional público. Ahora sigue siendo así, en plan formal, pero claramente la crisis ha provocado un reconocimiento explícito de que las relaciones internacionales en lo que respecta a la organización de mecanismos de

gobernanza económica, se van a ajustar al poder económico efectivo de los actores, y no a principios tales como la igualdad soberana de cada uno de sus miembros.

Creo que el refuerzo del Estado en el escenario internacional, fundamentalmente nos presenta al Estado como un órgano-obstáculo, y este es un concepto que utiliza un politólogo francés, historiador de las ideas políticas a quien yo realmente admiro mucho, Pierre Manent. El órgano-obstáculo, dice Manent, es el instrumento de solución de un problema que enseñada se revela como un obstáculo para su misma solución. Es decir, en este caso, el Estado se presenta como solución de la gobernanza global, pero seguramente acabaremos viendo que el Estado termina siendo, precisamente, el obstáculo para llevar a cabo esta misma gobernanza.

¿Cuáles son las transformaciones que se están produciendo en el Estado? Yo creo que por dentro el Estado también se está reforzando, pero con otros matices. Hay que distinguir muy claramente el modelo de Estado occidental y el modelo de los Estados emergentes, porque estos últimos, los casos de China y Rusia, y en menor medida también la India y Brasil, comienzan a preconizar una especie de capitalismo de Estado. Es una cosa muy curiosa, ya que estos países siguen las reglas de la economía internacional y las siguen a rajatabla, pero interiorizan el capitalismo filtrándolo por el propio interés de su Estado, y esto en gran medida porque en esos países existen grandes empresas que son del Estado o son controladas por él.

Entre las 25 empresas más grandes de la lista Forbes, hay cinco de ellas, las grandes empresas petroleras de Rusia como Gazprom, o alguna de China, que son empresas estatales que tienen la capacidad de encontrarse protegidas desde la perspectiva de

los intereses estatales. Por tanto, allí hay una mezcla entre poder político y poder económico, mientras que en el mundo occidental tal modelo es difícil de aplicar. El Estado no tiene la capacidad para apoyar con la misma fuerza a las empresas que originariamente eran suyas, porque ahora ya son profundamente internacionalizadas. Les puedo decir que algunas de las grandes multinacionales españolas, como el Banco Santander, la misma Telefónica, Iberdrola, Endesa, han estado tentadas –desde el momento en que bajó el prestigio de la marca España en los mercados financieros, como consecuencia de esta crisis– de poner su sede no en España sino en Londres. Son apátridas en el fondo. Dependiendo de los intereses de la empresa, no tienen ningún problema en emigrar a un lugar o a otro.

Esto no es lo que ocurre con las grandes empresas de los mercados emergentes a los que me refería antes. El problema para los países occidentales es fundamentalmente la reafirmación, casi la necesidad, de reinventar los mecanismos de gobernanza interna, precisamente como consecuencia de los recortes presupuestarios. Ningún país occidental puede renunciar a todo un conjunto de servicios sociales, entre otras razones porque son países muy envejecidos y necesitan seguir gozando de una sanidad gratuita y, sobre todo, de un sistema de pensiones. O de ambas cosas, que son igual de necesarias.

Por tanto, no es previsible la existencia de recortes sustanciales en el Estado de Bienestar, exceptuando que en lugar de jubilarse la gente a los 62 años se empiece a jubilar a los 65 como en Francia, o en España o Alemania donde en vez de jubilarse a los 65 lo hacen a los 67. No hay una renuncia a seguir financiando las jubilaciones. La idea es que eso se mantenga, y el problema es cómo hacerlo con menos recursos. Es decir,

cómo seguir haciendo lo mismo pero contando con menos recursos. Esto se ha convertido en la “cuadratura del círculo” en la perspectiva de la gobernanza interior de los países europeos, y conduce a la necesidad de una recomposición radical en la conexión del entramado público y privado.

De lo anterior crece además la necesidad de repensar qué es lo público. Consideremos también que la mayoría de los Estados europeos tienen prácticamente un 50% del PIB bajo su control y, por tanto, el gasto público equivale a ese 50% del PIB. Si se reduce tal gasto habrá que incorporar nuevas fórmulas de integración del sector privado para que resuelvan muchos de los problemas que no pueden resolverse exclusivamente a través de las vías tradicionales del sector público. Hace falta, entonces, una nueva forma de gestión para hacer más con menos.

El problema derivado de esta nueva necesidad de gobernanza está teniendo una repercusión importantísima sobre la propia reorganización de los sistemas democráticos y sobre la forma a través de la cual los ciudadanos están percibiéndolos. Me parece que la crisis económica está provocando también una crisis de identidad de los sistemas de democracia parlamentaria en la mayoría de los países europeos.

Primero, porque vuelve a desatarse un conflicto que se pensaba mucho más controlado, aquel que se relaciona con la distribución de los recursos. Ésta siempre ha sido la gran fractura que ha dividido a la izquierda y a la derecha, y desde luego que ahora tiene un rostro distinto al tradicional, pero está ahí y está generando nuevas tensiones dentro de sociedades que hasta hace poco se veían como perfectamente cohesionadas.

Segundo, hay una vuelta a un tipo de valores que recuerdan mucho a los valores típicos de la modernidad, lo que podemos

llamar la vuelta a los valores densos. Los valores que cotizan al alza son la seguridad, el orden y la estabilidad; valores que siempre han sido los reclamados por la derecha. Es muy posible que la crisis que está sufriendo la socialdemocracia sea que no tiene un discurso capaz de garantizar esa necesidad de mayor certidumbre, creando mayor estabilidad, mayor orden y lo que podemos llamar la seguridad en un sentido pleno. Las sociedades europeas son sociedades muertas de miedo, no ese miedo a ser asaltados en la calle, no esa sensación que uno puede tener en algunas grandes capitales del mundo en desarrollo, donde uno no se atreve a salir a la calle porque lo asaltan, no es ese tipo de miedo, sino miedos difusos que se concentran mayormente sobre el futuro, o sobre la falta de expectativas de mejoras en el futuro. Esta es una tesis fuerte que yo sostengo, y no estoy seguro de que sea así, pero quiero compartirla con ustedes.

La identidad europea se construye a partir del discurso de la Ilustración y este discurso cree en un valor que se llama progreso. El progreso solo es posible de introducir si tenemos la seguridad de que actuando hoy, en el presente, sobre las condiciones sociales, en algún momento del futuro encontraremos que ciertas condiciones se verán mejoradas. Por tanto, el futuro es la sede de la reconciliación del hombre consigo mismo, hablando en el lenguaje marxista. Pero también para toda la tradición liberal, en el futuro se cree que seremos más libres, que habrá más avances tecnológicos con los cuales podremos acentuar nuestra capacidad de aumentar las diferentes opciones vitales. El futuro es aquello por lo que hemos de trabajar. Cuando uno se concibe en el presente, de espaldas al pasado, el pasado no interesa, salvo para los conservadores tradicionales,

y se trabaja para el futuro. Ahora, la impresión que se tiene es que el futuro ha colapsado sobre el presente, en el sentido de que el futuro, lejos de ser el lugar donde se hace realidad el progreso, el lugar de reconciliación del hombre consigo mismo, se vuelve la sede de todos los temores.

El futuro es el calentamiento global, es la muerte o la puesta en cuestión de la sustentabilidad del planeta. Esa es una amenaza cierta, que está allí, en el futuro, pero el futuro también es, y sobre todo para los europeos, el lugar donde no sabremos si gozaremos de Estados con la capacidad de garantizar los servicios sociales a los que estábamos acostumbrados. ¿Cobraremos la pensión? ¿Podremos vivir como estamos viviendo hasta ahora? Esta es una gran pregunta que se suscita continuamente en la opinión pública europea, y que obedece en gran medida al hecho de habernos dado cuenta de que antes habíamos sido siempre los ganadores netos de la disputa por los recursos en el mundo. Ahora nos encontramos con que estamos perdiendo competitividad y que esta pérdida puede poner en cuestión los logros sociales que habían hecho del consenso social democrático algo de lo cual sentirnos orgullosos. Ya no sabemos si nuestros hijos van a tener que salir para encontrar trabajo fuera del país; y en España de hecho ya están haciéndolo, ya no hay trabajo en el país. Estamos ante la primera generación que probablemente va a vivir peor que sus padres, al menos desde la segunda guerra mundial.

Hay una foto maravillosa que salió en la prensa francesa. En Francia salieron a la calle los sindicatos para protestar por el traslado de la jubilación de los 62 a los 64 años, y se les unieron espontáneamente muchos grupos de niños de los liceos, de 14, 15 o 16 años, y uno de esos niños, una chica de liceo, llevaba

un cartel que decía: “*Nous voulons vivre comme nos parents*”: “Queremos vivir como nuestros padres”. Fíjense. No dicen queremos vivir *mejor* que nuestros padres, o distinto a nuestros padres, sino queremos vivir *como* nuestros padres. Esto sí que es una revolución en la forma de autoconcebirnos como sociedad. Antes siempre queríamos ser mejores que nuestros padres, no en el sentido de tener mejores servicios que los que habían tenido ellos, mayor capacidad adquisitiva, sino en el sentido de progreso en muchas otras dimensiones. Ahora no. Ahora parece que se trata de no perder lo que ya teníamos. Como decíamos en España, “Virgencita, que me quede como estoy”. Esa es la máxima europea, y a través de eso es cuando despedimos el discurso que nos venía acompañando desde la Ilustración, y comienzan a aparecer pequeños terremotos en el espacio público europeo.

Dichos terremotos, algunos de los cuales son interesantes de analizar, pueden vincularse con la aparición de estos partidos neopopulistas que están teniendo un tremendo éxito electoral: populismos de derecha, que reivindican explícitamente, en lugares como Suecia, Dinamarca, Finlandia, Holanda, quizá los primeros en el ranking de calidad de la democracia, explícitamente, digo, su marcado carácter xenófobo, y que aun así son votados. Esto no hay quién lo entienda, de la misma forma cuando jóvenes de diferentes lugares, o de mi propio país, por el llamado movimiento del 15-M, empiezan a reivindicar otro tipo de democracia que es lo que ellos llaman la democracia real, como si hubiera una democracia irreal. Y así aparece una masa de jóvenes, una minoría todavía, pero que nunca se sabe el efecto que tienen, ya que estamos en un mundo que se empieza a ir deshilvanando.

La interpretación de fondo es que hemos alimentado, en el espacio público de las democracias europeas, una gran indiferencia hacia la política. Al mismo tiempo, cada vez que los políticos aparecen en el escenario público, sobre todo en los medios de comunicación dirigidos a la sociedad de masas o a grupos selectos, lo político se presenta siempre en términos negativos. Siempre se presenta como lo conflictual. La clase política se presenta siempre para hablar mal de ella, y si no, vemos cómo los adversarios hablan mal de los otros políticos.

En algunos casos, como el de mi país, esto se manifiesta con una inmensa crispación, que hace que la gente diga: “Bueno, si la política es esto, entonces yo no quiero ser político”. Eso ha tenido un doble efecto: por un lado ha ido alimentando la despolitización, la gente se aparta, no quiere seguir debatiendo temas de política, porque no quiere entrar en conflicto, pero por otra parte también ha generado una inmensa desconfianza hacia la clase política, como si fuera una casta que tiene su propia identidad subjetiva, y cuyos intereses son distintos a los intereses del grueso de los ciudadanos. Por ello se ve a la clase política como si fuera un cuerpo extraño, que gestiona nuestros intereses públicos pero que realmente tiene sus propios intereses particulares que no coinciden necesariamente con los intereses públicos. Allí aparecen estas denuncias a los partidos políticos que son particularmente odiados en Europa. Las dos instituciones que según el Eurobarómetro gozan de mayor confianza son la policía y el ejército, y la institución que goza de menor confianza es la de los partidos políticos.

Luego está el fenómeno que tiene también mucho que ver con lo que está ocurriendo y que nos reconecta de manera más clara con el debate que hemos comenzado aquí, y es la conciencia

que poco a poco va teniendo la gente de que la política sistémica, como la llaman ahora los jóvenes españoles “indignados”, ha dejado ya de tener un código eficaz entre gobierno y oposición. Para decirlo en otros términos, el contraste entre gobierno y oposición es tautológico, y esto es porque las grandes decisiones van a acabar siendo las mismas, gobierne quien gobierne, pues en el fondo no gobiernan ellos, sino los mercados o, en el caso europeo, la señora Merkel. De qué les sirvió a los griegos haber elegido a Papandreu inmediatamente antes de la crisis de la deuda, si al día siguiente el directorio europeo gobernado por Angela Merkel los obligó a adoptar una serie de decisiones.

De modo creciente, la gente va tomando conciencia de que cada vez nos vemos más afectados por decisiones que se escapan de nuestro control democrático directo. ¿Qué es lo que más afecta a nuestras vidas? La economía. ¿Quién decide sobre la economía? Evidentemente, nosotros no podemos gestionar. No tenemos esa responsabilidad. Las grandes decisiones tienen que ver con otros actores, muchos de ellos, además, sin rostro. A eso se le llama los imperativos sistémicos, que indudablemente tienen su influencia. Y si ustedes tienen la mala suerte de pertenecer a la Unión Monetaria Europea, se encuentran con que también Alemania decide por ustedes. Ahora se ha dado una especie de recomposición del poder económico dentro de la Unión Europea, y Alemania ha terminado cobrando una importancia de actor económico fundamental.

Esto no es bueno para la democracia. Democracia significa que nosotros podemos hacernos dueños de nuestro destino. Si ustedes se hacen la pregunta de por qué deseamos gobernarnos democráticamente, la respuesta inmediata será obvia: yo deseo gobernar me democráticamente porque de esa manera puedo

participar de aquellas decisiones que me van a afectar. Pero si uno se encuentra con que participa en un sistema cuyas decisiones nos afectan, pero donde esas decisiones no son las decisiones fundamentales que conforman mi vida, sino que son otros los que me las imponen, pues obviamente una parte de la legitimidad de ese sistema comienza a ponerse en entredicho, y ahí es donde está apareciendo un malestar.

Yo simplificaría esto como la aparición de tres formas diferentes de contemplar el problema. La primera tiene que ver con la derecha, y sobre todo, con un cierto tipo de extrema derecha europea que es un poco decir: “Bueno, ya está. Basta de jueguitos europeos. Volvamos a nuestro Estado”. Si ustedes leen el discurso de los “verdaderos finlandeses”, este partido de extrema derecha lo que dice es muy claro: “Volvamos nuevamente a la auténtica Finlandia”. Esto se refiere a que podamos reconocernos en la calle como fineses, no con toda esta gente que anda por aquí y que viene de otros lugares, pero en especial con que no tenemos por qué ayudar a quienes se dedicaron a la fiesta y al endeudamiento alegre, que son los países del sur.

Con todo, y es importante subrayarlo, ellos realmente no ayudan sino que contribuyen a un fondo que después recuperan con intereses. Nadie ahora está regalando dinero a Grecia, o a Portugal, o a los países intervenidos. Ese dinero se entrega con menores intereses de lo que obtendrían en el mercado. Esta es una de las posiciones, decir: “Volvamos un poco a la política tradicional porque en ella me siento seguro”, y esa es la vuelta a las fronteras, la vuelta a la identidad nacional y a los valores de siempre. Insisto, esto se maneja de una manera muy ágil y, en algunos casos, admirable, por parte de los nuevos populismos de derecha.

Después hay otra solución, que es la de la centro-derecha, un seguir apostando por la Unión Europea, pero como se sabe que esta apuesta es impopular dentro del propio electorado, lo que se hace es reivindicar una mayor presencia nacional dentro de lo europeo. Por lo tanto, no hay verdaderos europeístas. Lo que hay ahora, y es el caso de Merkel, o de Sarkozy y de otros, es un reforzamiento de los Estados nacionales dentro de la estructura de la propia Unión, porque es lo que demandan los electorados. Este es uno de los grandes dramas que tiene Europa en estos momentos.

La tercera posición es la de un sector de la izquierda que se da cuenta de que la única forma de resolver los problemas que nos afectan como Estados, y la dependencia de lo político respecto de lo económico, es precisamente Europa. ¿En qué sentido? Bueno, en el sentido de que si Europa entra a cooperar más profundamente entre sí puede frenar el poder económico de los mercados. Una Europa fuerte que actúa con una sola voz, tiene y tendrá muchísima mayor capacidad para hacer que sus políticas frenen, disciplinen, e incluso lleguen a delimitar la capacidad de acción sobre lo político que tienen ahora mismo estos poderes del mundo de la economía. Por tanto, allí lo que se quiere es reorganizar la estructura de poder de tal manera que volvamos a la idea de *sovereignty pooling*.

Por último, hay una nueva salida que es una salida de los partidos a la izquierda de la socialdemocracia, los que dicen: “Hasta aquí hemos llegado”. Nosotros somos soberanos y debemos reivindicar nuestra soberanía con respecto a la economía. Y debemos mantener esto del bienestar, pero no se nos explica cómo. Les voy a dar un dato: ahora mismo España está pagando una prima de riesgo de unos intereses por la

deuda que corresponde exactamente a lo mismo que se paga por educación.

Si un país muestra debilidades en lo que se refiere a sujetarse a las disciplinas que imponen esos mercados, se puede encontrar con que no puede seguir financiando ni la educación, ni la sanidad, ni por supuesto, aumentar el sueldo a sus funcionarios y mucho menos todavía dedicarlo a nuevas infraestructuras. Ese es el problema de fondo. Lo que ocurre es que hay un sector muy importante de la población que dice: “Bueno, hasta aquí hemos llegado”. Y esto es donde se embarcan los jóvenes indignados, donde la indignación se impone sobre la racionalidad. La racionalidad está en los dos partidos de centro, en la socialdemocracia y en los liberales conservadores, que lo que buscan es resolver estos problemas desde una perspectiva realista, pero no terminan de coincidir en los medios. Se percibe claramente, por parte de la socialdemocracia, una política más cosmopolita, más supranacional, y a partir de allí acceder a una gobernanza, si no global, sí por lo menos de los problemas europeos.

Me parece que aquí es donde está el problema que tenemos en estos momentos, donde hay algo así como una reafirmación institucional defensiva, y no un verdadero impulso por cambiar el *statu quo*. Nos falta una hoja de ruta, tener claro dónde llegar. Estamos en un gallinero donde el ruido es ensordecedor en lo que se refiere a propuestas, a reacciones, a nerviosismo por parte de diferentes sectores de la sociedad civil de los Estados europeos. Todos son ataques o escepticismo hacia el proyecto europeo como tal, pero también casi todos son ataques hacia el propio sistema democrático y a su funcionamiento, y esto es un elemento sumamente peligroso. A mí me parece que la crisis no solamente ha provocado una serie de consecuencias

económicas evidentes, sino que está provocando también una puesta en cuestión de muchas de las instituciones que hemos venido desarrollando a lo largo de las últimas décadas y, sobre todo, a lo que ha contribuido es a generar un mayor despiste en todo lo que tiene que ver con nuestra capacidad para evaluar la realidad.

Yo me dedico a opinar en los periódicos y trato de detectar cuál es el espíritu de nuestra época, el *zeitgeist*, qué es lo que caracteriza al mundo que estamos viviendo, y aparte de ese miedo de fondo que es perfectamente perceptible en nuestras sociedades, lo que también creo que se percibe es una desconfianza creciente en la capacidad de nuestras élites políticas para resolver los problemas que tenemos ante nosotros. Y esto, como he dicho antes, es un tema peligroso. Las propias élites políticas se encuentran ahora ante el tema de que siempre están sujetas a esta especie de contradicción de todo político: “¿Qué debo atender? ¿Los intereses a largo plazo de mi país? ¿O mis intereses como candidato frente a unas elecciones que tengo dentro de tres o cuatro meses, o incluso dentro de dos o tres años?”. Y estas contradicciones de la política interior democrática están lastrando la búsqueda de alguna solución.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Qué sería de la Unión Europea sin Alemania? ¿La debacle?

-La Unión Europea no existiría sin Alemania. Lo que pasa es que hay dos formas en las cuales Alemania puede entender a la Unión Europea y la Unión Europea puede entender el papel de Alemania. Este es un debate que se tiene en Alemania. La idea

de Helmut Kohl, era que hubiera una Alemania europea, que Alemania se desplegara como nación dentro de una unidad más amplia que era Europa, y por eso renunció al Deutsche Mark, que era una moneda tremendamente potente. Ahora, en cambio, parece que lo que hay es una Europa alemana, que es distinto a la Alemania europea, es decir, una Europa donde el peso político y económico de Alemania es creciente, aunque la propia señora Merkel, y eso es algo que se percibe, no lo quiere ejercer, pero que se ve arrastrada a ejercer, porque realmente es el país que está funcionando, es la locomotora económica de la Unión Europea.

Dos grandes guerras condujeron a los padres fundadores al invento de la Comunidad Económica Europea originaria, que consistía en generar interdependencias de manera tal que a través de esas interdependencias nunca más pudiera haber enfrentamientos bélicos al interior de Europa. En ese sentido, fundamentalmente es un invento, como dicen los británicos, franco-alemán. Si Francia y Alemania luego incorporaron a más actores, es otra cosa, pero la idea era realmente romper con ese conflicto de intereses prehistórico entre Francia y Alemania. La respuesta claramente es no. No existe Unión Europea sin Alemania. Ahora, la pregunta es distinta: ¿resulta posible una Unión Europea sin los países del sur? Y la respuesta puede ser sí. Y eso puede estar en los intereses de Alemania y los países de la zona del euro. Está en el aire. Vamos a ver lo que pasa ahora con Grecia.

Usted planteó que están casi todas las condiciones dadas para la emergencia del populismo nacional, sobre todo en las democracias escandinavas. Pero eso choca con la idea de Madrid de

una nueva democracia que emerge desde la sociedad y no tanto desde las élites. Siendo pesimistas, con esto también estarían las condiciones dadas para la emergencia de un nacionalismo en oposición a esta nueva forma de organización social.

-Hay una cosa muy interesante que está pasando ahora en Europa y es que están proliferando los populismos de derecha y de izquierda. Los partidos populistas son aquellos que, en primer lugar, atacan a las élites como contrarias a los intereses del pueblo, principalmente a las élites políticas, pero también a las élites económicas. Hay que decir que Marine Le Pen está ligeramente por encima en intención de voto que Sarkozy para las próximas presidenciales francesas. Es decir, puede volver a producirse lo que ya ocurrió: que tengan que combatir un candidato de derecha contra uno de extrema derecha en la segunda vuelta. Marine Le Pen dice que ella es la representante del hombre común. Por tanto, primero es un discurso antielitista.

En segundo lugar, se hace un *appel au peuple*, se apela al pueblo, es decir, el movimiento se dirige al pueblo. Y en tercer lugar, se simplifica todo. Son consignas. Casi no hay detrás un auténtico pensamiento que vertebre esas opiniones. Y eso, que hoy está saliendo en España y en otros lugares, recuerda mucho a un populismo de izquierda. Se simplifica este problema de los mercados, como si fuera muy fácil oponerse a los mercados y no tomar decisiones que restrinjan algunos de los beneficios del Estado de Bienestar.

Hay también una acusación exactamente igual desde los populismos de derecha hacia los partidos políticos. Estos que dicen que los políticos “no nos representan”, y además que les encanta manifestarse delante del Congreso de los Diputados. “*Ne touche pas*: no me toques, político”. Es un poco lo mismo.

La única diferencia es que no son nacionalistas. Son más bien internacionalistas, como los populismos de derecha, y evidentemente no son xenófobos, sino todo lo contrario, pero tienen en común algunos rasgos del populismo, como ese odio feroz a las élites, que en su caso son políticas y, sobre todo, económicas. A los políticos se les unen los banqueros. Ahora mismo en el sur están pesando más los populismos de izquierda, mientras que en el norte y en el centro de Europa están pesando más los populismos de derecha, pero fíjense que el sistema que está sufriendo esa presión es el sistema democrático normal de toda la vida. Está sufriendo esa presión por ese nuevo código que delimita entre “sistémico / no sistémico”, que está afectando nuestra forma de concebir la política.

Hay una crítica a la Unión Europea y la situación actual de España que apunta a una falta de soberanía en el sistema político español para tomar decisiones. Sin embargo, el milagro español se produce precisamente por acceder a la Unión Europea. Es lo que le pasa hoy a Chile al acceder a la OECD, que impone estándares a los que se debe adherir. ¿Qué piensa?

-Vamos a ver. El bienestar de cualquier país de la Unión Europea se debe a la Unión Europea como elemento dinamizador de las diferentes economías. La mayoría de las *mozzarellas* que nosotros consumimos de origen italiano, la hacen con leche que viene de Alemania. Ahí está la interdependencia. Las infraestructuras que nosotros en parte financiamos, porque para que la Unión Europea te dé dinero debes financiar por lo menos la mitad de aquello en lo que inviertes, en España son tremendamente funcionales para que los automóviles que nos mandan los alemanes puedan llegar. El comercio se desarro-

lla así de manera más eficaz. Unos ganan y otros también. Lo bueno del mecanismo de la Unión Europea es que es un juego *win-win*: todos ganan, y todos venían ganando, con excepción de un país que podía tener un problema, como Suecia, donde no estaba tan claro que fuera a ganar.

El problema surge desde el momento en que la Unión Monetaria Europea sujeta una serie de disciplinas monetarias sobre todo a los países económicamente más débiles, que sacan a la luz la contradicción fundamental con la que se crea el invento. Por un lado existe una política monetaria que es común, pero por el otro existen políticas nacionales, fiscales y presupuestarias. Y eso acaba estallando, y lleva a que el pacto del euro deba revisarse drásticamente, y en eso están Francia y Alemania. Lo que pasa es que previamente hay que “limpiar” a los países endeudados de esa presión que sufren de parte de los mercados, ya que les impide moverse.

Piensen ustedes que todos los países deben recurrir a la deuda pública, no solo para pagar a los funcionarios, pues ninguno puede vivir sin deuda. Estados Unidos ahora mismo se acaba si los chinos dejan de comprarles deuda. Punto. Claro, los chinos tampoco podrían exportar lo que exportan hacia Estados Unidos. China y Estados Unidos son maravillosamente interdependientes. Eso es un poco lo que ocurre. Sí necesitamos dar un mayor salto que incorpore también a las políticas fiscales, o por lo menos establecer unos mínimos, y a las políticas presupuestarias, pero previamente tenemos que limpiar a los miembros de la Unión Europea que se han extendido en su endeudamiento. La pelota está en ese tejado y allí se juega la partida en cierto modo. Estoy de acuerdo con usted en que España se ha beneficiado enormemente de la Unión Europea, pero otros

también se han beneficiado de que España se beneficiara de la Unión Europea. Un dato, el 70% de las exportaciones, si podemos llamarlo así, como promedio va a otros países de la Unión Europea. Europa podría decir que casi no necesita del resto del mundo, y eso es peligroso porque puede sufrir tentaciones aislacionistas como continente en el momento en que pueda comenzar a perder pie frente a la competitividad externa. Así se asegura que va a perder un 30% de su nivel de vida, pero que con eso podrá mantener su modo de vida. En cierto modo, Europa también tiene que reinventarse en los mecanismos de decisión política, acercarse al ciudadano.

Europa no emociona a nadie, y conste que tiene como himno a la Novena de Beethoven, que emociona a cualquiera pero que en realidad no emociona, y esa Europa es una abstracción, es un concepto que está ahí, pero que no se vive vitalmente. Es uno de los grandes problemas que tiene. Europa se ha excedido en regulaciones y ha perdido de vista lo que debía haber sido. Por ejemplo, el Programa Erasmus, eso de que los estudiantes fuesen de un lado a otro para que vieran que los países europeos tienen más cosas en común que cosas que los diferencian. Se ha construido poca Europa desde la perspectiva de las emociones y de la identidad común. Se ha construido demasiada Europa desde la perspectiva de la regulación. Por tanto, Europa es un fenómeno que se percibe como una burocracia más, y no como una patria más, y allí es donde está el quid de todo esto.